

Isabel Larguía y John Dumoulin

**Hacia una ciencia
de la liberación de la mujer**



Cuadernos ANAGRAMA

Isabel Larguía
John Dumoulin

Hacia una ciencia de la
Liberación de la mujer

EDITORIAL ANAGRAMA



Fuente:

Universidad Central de Venezuela
Caracas, 1975

Maqueta de la colección:

Argente y Mumbrú

© EDITORIAL ANAGRAMA, 1976

Calle de la Cruz, 44

Barcelona - 17

ISBN: 84.339 - 0733 - 6

Depósito Legal: B. 42906 - 1976

Printed in Spain

Gráficas Diamante, Zamora, 83, Barcelona-5

I

La división del trabajo... descansa a su vez en la división natural del trabajo en la familia y en la división de la sociedad en diversas familias contrapuestas; se da al mismo tiempo... la distribución desigual... del trabajo y sus productos, es decir la propiedad... cuya forma inicial se contiene ya en la familia, donde la mujer y los hijos son los esclavos del marido. La esclavitud latente en la familia, es la primera forma de propiedad, que... corresponde perfectamente a la definición de los modernos economistas según la cual es el derecho a disponer de la fuerza de trabajo de otros.

Carlos Marx y Federico Engels: *La ideología alemana.*

Habitualmente, se piensa que la mujer está al margen de la producción; que comenzó a incorporarse masivamente sólo al participar en la economía mercantil, en la que estaba destinada a desempeñar un papel auxiliar; sus deberes fundamentales están en la casa, en la familia, donde tiene un lugar específicamente femenino, muy ajeno a la economía.

Tales nociones, sumamente corrientes en la moderna concepción del mundo, tanto de los especialistas como del pueblo en general, encierran una profunda confusión ideológica. Menoscaban a la mujer de varias maneras. Niegan el valor económico de los trabajos que generalmente ella ha realizado y *sostienen*, a la vez, que la mujer nace con rasgos físicos y espiri-

tuales que la destinan por naturaleza a cumplir determinado tipo de labores. Esta confusión ideológica impide una plena comprensión del funcionamiento de la economía.

Lo que es más importante: encubre uno de los fundamentos más antiguos y persistentes de la sociedad de clases.

Marx y Engels descubrieron cómo en el proceso de formación de la sociedad dividida en clases, la familia cristalizó en un medio de control de la fuerza de trabajo de la mujer, en un medio de acumulación privada. Sus investigaciones principales respondían a la urgente necesidad de armar a la clase obrera con un conocimiento científico de los fundamentos de su explotación, desmistificando a la sociedad burguesa, revelando la dinámica interna de la economía mercantil y capitalista. Analizaron también la división del trabajo, la trayectoria de la propiedad privada y sus estrechos vínculos con la familia individual, señalando que en el capitalismo continúa siendo «la unidad económica de la sociedad». Dejaron valiosos estudios sobre la opresión sufrida por la mujer, y la superestructura ideológica que la justificaba.¹

La familia, en su forma conocida por nosotros, surge con la disolución de la comunidad primitiva. No es casual que la palabra «familia» se refiriera originalmente al derecho de propiedad privada que tenía el *paterfamilias* tanto sobre las personas como sobre los bienes que componían su casa. La «casa» surge como primera forma de empresa privada, propiedad del jefe de la familia, para la producción, el intercambio y la competencia con las demás casas, y para la acumulación del plus-producto.

¹ Véase especialmente el pasaje citado más arriba de *La ideología alemana*, y de Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, capítulo sobre la familia.

El sentido original de la palabra «economía» es: «el arte de dirigir los asuntos de la casa». La propiedad que ejercía el jefe de la familia implicaba la herencia por línea paterna, la propiedad total de la mujer, así como el dominio y confiscación de la fuerza de trabajo femenina.

No había sido siempre así. En la comunidad primitiva, el trabajo y las demás actividades sociales se realizaban en común, y tanto la propiedad como las relaciones de parentesco reforzaban estos lazos colectivos.

Fue sólo con el surgimiento de la familia patriarcal que la vida social quedó dividida en dos esferas nítidamente diferenciadas: la esfera pública y la esfera doméstica.

Estas dos esferas tuvieron una evolución desigual: mientras en la primera se producían grandes transformaciones históricas, la segunda, que evolucionaba más lentamente, operaba como freno de la primera:

Con el desarrollo del intercambio mercantil y de la división de la sociedad en clases, todos los cambios económicos, políticos y culturales tuvieron su centro en la esfera pública, mientras en el hogar sólo se consolidó la familia individual como actualmente la conocemos.

La mujer fue relegada a la esfera doméstica por la división del trabajo entre los sexos, al tiempo, que se desarrollaba a través de milenios una poderosísima ideología que aún determina la imagen de la mujer y su papel en la vida social.

Para descubrir los fundamentos de esta ideología y la importancia enorme que tuvo en el desarrollo de la sociedad de clases, es necesario diferenciar claramente las actividades realizadas por la mujer de manera privada en el seno de la familia. Obtenemos así el siguiente esquema:

- a) Reproducción estrictamente biológica,
- b) educación y cuidado de los hijos, enfermos y ancianos,
- c) reproducción de la fuerza de trabajo consumida diariamente.

Cuando se superponen estos tres aspectos, se confunden sistemáticamente la reproducción biológica con *la reproducción privada de la fuerza de trabajo*, tanto la que gastan los hombres y las mujeres en el proceso de la producción social, como la temprana formación de la nueva generación de trabajadores.

Tales confusiones son la base de las nociones pseudocientíficas enarboladas en la sociedad moderna para justificar la división del trabajo entre el hombre y la mujer. El factor biológico no pudo determinar los cambios ocurridos en la familia desde la comunidad primitiva hasta nuestros días —ya que permanece idéntico a través de toda la existencia de la especie— ni explica tampoco el papel de la mujer en el trabajo, y consecuentemente su posición social. Por otra parte, la reproducción afecta tanto al hombre como a la mujer, excepción hecha del período de la lactancia (y en algunas sociedades en los últimos meses de la gestación).

No es por «naturaleza» que la mujer realiza las tareas domésticas. Los estudios etnológicos de los pueblos preclásicos han dado al traste con la imagen costumbrista del siglo XIX según la cual las mujeres desde las etapas más tempranas se habrían dedicado espontáneamente a hilar y a cocinar, mientras los hombres se alejaban hacia cultivos remotos, entablando épicas batallas contra la naturaleza indómita.

Por ejemplo Scoresby y Routledge, en *With a prehistoric people*, señalan que en el grupo estudiado los hombres eran incapaces de levantar pesos mayores a las sesenta libras, mientras las mujeres cargaban cien libras o más. «Cuando un hom-

bre dice» —refieren los autores— «esta es una tarea muy pesada para mí, corresponde que venga una mujer a realizarla» sólo está constatando un hecho real.

En el ensayo *Historia de la URSS* de Briusov y otros, podemos leer: «En las metrópolis neolíticas del Transbaikal, se han encontrado armas de caza —arcos y flechas— tanto en las sepulturas de hombres como de mujeres, lo que es característico del régimen matriarcal».

Si preferimos prescindir de la etnología y de los hallazgos arqueológicos, la prensa cotidiana trae amplia información de la lucha de las mujeres vietnamitas, que en la ofensiva del Tet, por ejemplo, tomaron las armas en número de dos millones.

TRABAJO VISIBLE Y TRABAJO INVISIBLE ²

La posición igualitaria ocupada por la mujer en la comunidad primitiva fue determinada por el valor de su trabajo productivo, que se realizaba colectivamente. A partir de la disolución de las estructuras comunitarias y de su reemplazo por la familia patriarcal, el trabajo de la mujer se individualizó pro-

² Este ensayo se redactó inicialmente y circuló en los primeros meses de 1969 bajo el título «Por un feminismo científico». Desde entonces ha aparecido el trabajo de Margaret Benston, «The political economy of women's liberation» (*Monthly Review*, septiembre de 1969) que requiere un breve comentario aquí, como el único intento serio que conocemos de explorar las implicaciones económicas del trabajo del ama de casa en el capitalismo. Aunque estamos en general de acuerdo, insistimos en que sin ir más allá de los conceptos de la economía política clásica, en particular a las nociones de fuerza de trabajo y plusvalía tal como Marx las emplea, es imposible poner al descubierto el papel del ama de casa en la sociedad de clases, con todas sus implicaciones políticas.

gresivamente y fue limitado a la elaboración *de valores de uso* para *el consumo directo y privado*. Segregada del mundo del plusproducto, la mujer se constituyó en el cimiento económico *invisible* de la sociedad de clases. Por el contrario, el trabajo del hombre cristalizó a través de los diferentes modos de producción en objetos *económicamente visibles*, destinados a crear riqueza al entrar en el proceso del intercambio.

En el capitalismo, ya sea como propietario de los medios de producción o como operador de los mismos por medio de la venta de su fuerza de trabajo, el hombre se define esencialmente como *productor de mercancías*. Su posición social se categoriza gracias a esta actividad, y su pertenencia a una u otra clase se determina según la situación que ocupe dentro del mundo creado por la producción de bienes para el intercambio.

La mujer, expulsada del universo económico creador de plusproducto, cumplió no obstante una función económica fundamental. La división del trabajo le asignó la tarea de reponer la mayor parte de la fuerza de trabajo que mueve la economía, transformando materias primas en valores de uso para su consumo directo. Provee de este modo a la alimentación, al vestido, al mantenimiento de la vivienda, así como a la educación de los hijos.

Los economistas entienden corrientemente que para reemplazar los medios de producción y vida (máquinas, alimentos, vestidos, etc.) sometidos a continuo consumo, los hombres han de producir nuevos bienes materiales. A este proceso de renovación constante de la producción le llaman *reproducción*, la cual tendría lugar lo mismo dentro de cada empresa que en cuanto a la sociedad en su conjunto. Pero lo que se omite es que esta reproducción económica simple se realiza a dos niveles distintos, correspondientes a la división del trabajo que

hemos señalado. Uno de éstos es la forma más primitiva de empresa: *la casa*. Si bien los hombres y las mujeres obreros reproducen fuerza de trabajo por medio de la creación de mercancías para el intercambio, y por tanto para su consumo indirecto, las amas de casa *reponen diariamente gran parte de la fuerza de trabajo de toda la clase trabajadora*. Sólo la existencia de una enajenante ideología milenaria del sexo, impide percibir con claridad la importancia económica de esta forma de reposición directa y privada de la fuerza de trabajo.

Muy burdamente podría señalarse que si el proletariado no contara con este tipo de trabajo femenino que le proporciona alimentos, vestidos, etc., en un mundo donde no existen los servicios necesarios para que esta reposición se colectivice, las horas de plus-trabajo serían significativamente menores.

Al evaluar la economía de un país y sus posibilidades de desarrollo, es insuficiente comparar el plus-trabajo socialmente aprovechable con la parte del trabajo de los obreros cuyo valor se les paga para, su sostenimiento y el de su familia. El obrero y su familia no se sostienen sólo con lo que compran con su salario, sino que el ama de casa y demás familiares deben invertir muchas horas en el trabajo doméstico y otras labores de subsistencia. Para tener una idea del aporte de las amas de casa, supongamos que dediquen sólo una hora diaria al mantenimiento de cada uno de los seres humanos que hay sobre la tierra (cifra absolutamente conservadora): llegaríamos a una cantidad muy superior a *tres mil millones de horas de trabajo invisible realizadas diariamente*. En las condiciones actuales, sólo contando con estas horas de trabajo invisible puede el proletariado producir plusvalía en la economía social. Por lo tanto puede decirse que el trabajo femenino en el seno del hogar, *se expresa transitivamente en la creación de plusvalía, a través de la fuerza de trabajo asalariada*.

Hay que pensar en términos del fondo total de trabajo, el conjunto de la fuerza de trabajo de todo tipo que mantiene una economía y la desarrolla. Sólo se puede conocer la magnitud relativa del excedente económico creado cuando se lo compara con el total de trabajo realizado, tanto para el mercado como para el consumo directo.

Esta segunda proporción no suele tomarse en cuenta, hecho que refleja la limitación de los economistas a las categorías de la producción mercantil, que son las del capitalismo.

Los capitalistas no tienen relación directa con el trabajo de subsistencia, aunque lo explotan indirectamente; la realización de una enorme masa de trabajo de subsistencia -especialmente en los países no industrializados-, sumado al bajo nivel de vida, les permite pagar salarios ínfimos y extraer jugosas ganancias aun con una productividad relativamente baja. La omisión de los economistas refleja la discriminación de la mujer y la confusión de *reproducción biológica* con *reproducción privada* de fuerza de trabajo.

La división del trabajo especializó a los hombres, concentrando en sus manos la creación del plusproducto. Por medio de esta especialización, se vieron liberados de una parte importante de la reposición de su propia fuerza de trabajo, permitiéndoles dedicar todas sus fuerzas a la producción social y a la actividad pública. Así, el trabajo del hombre cristalizó en objetos y mercancías económicas y socialmente *visibles*. El trabajo femenino en el seno de la familia no producía directamente un plusproducto ni mercancía visible: se la marginó de la esfera del intercambio, donde todos los valores giraban en torno a la acumulación de riquezas. El trabajo de la mujer quedó oculto tras la fachada de la familia monogámica permaneciendo *invisible* hasta nuestros días. Parecía diluirse mági-

camente en el aire, por cuanto no arrojaba un producto *económicamente visible* como el del hombre. Por tanto, este tipo de trabajo, aun cuando consume muchas horas de rudo desgaste, no ha sido considerado como valor. *La que lo ejerció fue marginada por este hecho de la economía, de la sociedad y de la historia.*

El producto invisible del ama de casa es *la fuerza de trabajo*. Es sólo en el capitalismo que la fuerza de trabajo adquiere categoría de mercancía al crearse la clase obrera. El capitalismo vincula a la mujer más directamente a la economía monetaria, ya que produce en cierto sentido para el mercado — el mercado laboral—. Pero no es ella la propietaria de la fuerza de trabajo que produce, sino que ésta pertenece a su esposo e hijos, y son ellos quienes la venden. Por otra parte, la concepción burguesa dominante no reconoce la naturaleza de esta nueva mercancía, considerando que el capitalista compra «trabajo» en lugar de fuerza de trabajo. De modo que la labor del ama de casa continúa siendo tan invisible como antes. La superposición conceptual de la reproducción biológica y la reposición de la fuerza de trabajo hace que esta última adquiera para la conciencia social un tinte fisiológico por el que *el trabajo doméstico se considera como una característica sexual secundaria en lugar de destacarse como categoría económica,*

Así, el ama de casa no vende su fuerza de trabajo ni sus productos, simplemente, por medio del contrato jurídico matrimonial, que confisca su fuerza de trabajo invisible, acepta la obligación de cuidar de la familia, de hacer las compras, procesar y servir, a cambio de su manutención y de la adquisición de un *status* social determinado por la posición del marido. Será «proletaria» en tanto el esposo pertenezca a la clase obrera, o «campesina» si es pequeño agricultor. Al ser invisible su trabajo específico, su aporte al desarrollo de las fuerzas producti-

vas permanece en la clandestinidad. Hay en la división del trabajo entre los sexos, en esta relación interna de la familia, la suficiente flexibilidad para adaptarse a cualquier forma de la sociedad de clases, ya sea feudal, capitalista u otra.

Puede sugerirse inclusive que en esta relación se definen con un *status* peculiar, de subclase, las amas de casa de dos sectores trabajadores (no se incluyen aquí a las «señoras» de las clases ociosas). Las amas de casa no tienen relaciones de intercambio entre ellas como productoras, ni con otra clase (al igual que los esclavos), sin llegar a agruparse por medio del trabajo colectivo. No forman parte del desfile público de señores, siervos, esclavos, capitalistas y demás clases. No participan en las relaciones públicas de propiedad mediante las cuales se materializa y es apropiado el excedente de producción. Su situación (que parece única aunque similar en algunos rasgos a la esclavitud patriarcal y en otros al campesinado de subsistencia) es la de aportar a ese proceso de forma satelizada, a través de la reposición directa de la fuerza laboral de los demás trabajadores.

DIVISIÓN DEL TRABAJO: CONSOLIDACIÓN DE TIPOLOGÍAS SEXUALES OPUESTAS

División del trabajo y propiedad privada son términos idénticos: uno de ellos dice referido a la esclavitud, lo mismo que el otro, referido al producto de, ésta.

Carlos Marx y Federico Engels: *La ideología alemana.*